

## Prologo

Las luchas obreras en Asturias indignaban al general Franco, como nos consta por las conversaciones que mantenía con su primo Pacón, en que le decía que las huelgas eran innecesarias porque todo lo que conviniera se podía conseguir "en buena armonía, con discusiones serenas y constructivas", y que en su génesis no había otras razones que las malévolas intenciones políticas de los comunistas. Pero inmediatamente después se le escapaba, inadvertidamente, un reconocimiento de que no eran tan ineficaces como pretendía, al afirmar que los mineros de Asturias "ganan lo suficiente para atender a sus necesidades, y no carecen de nada, debido a lo que se acordó a raíz de la anterior huelga", a lo que añadía un reproche por las nuevas exigencias de estos: "Ahora piden aumentos de sueldo base, puntos, pluses de productividad, hospitales, escuelas, casas, etc., etc." 1. Algo que, como se ve, le parecía desmesurado.

Para quienes vivíamos la lucha contra el franquismo desde Cataluña estas huelgas de Asturias eran una referencia y un motivo de esperanza. Haber expresado simpatía en algún escrito por quienes participaban en ellas nos costó visitar la brigada social o el juzgado, amén de algún que otro disgusto, como la negativa a la concesión de un pasaporte. Molestias menores, sin embargo. Otra cosa hubiera sido que me hubieran pillado con la ciclostil con que imprimía en casa papeles clandestinos.

Unos papeles (Metal, Textil, Construcción) que, redactados por los responsables locales de las agrupaciones obreras catalanas, tenían un frescor y una inmediatez que contrastaba con la simplicidad de análisis y el injustificado triunfalismo de buena parte de la prensa clandestina que nos llegaba impresa desde Francia. Existía una evidente diferencia entre la realidad que vivíamos en la Barcelona de la primavera de 1958, tras la dura represión que siguió a las huelgas del mes de marzo, y el

---

1 Francisco Franco Salgado-Araujo, Mis conversaciones privadas con Franco, Barcelona, Planeta, 1976, p. 394 (4 de septiembre de 1963).

utopismo de los proyectos ideados desde la dirección del PC para organizar aquella "Jornada de reconciliación nacional" del 5 de mayo, que nos costó un gran esfuerzo de propaganda y que acabó en un fracaso previsible.

No parecieron haberlo entendido unos dirigentes que volvieron a las andadas, un año más tarde, con una nueva invención, la de la "Huelga nacional pacífica", que se saldó con otro desastre y otra frustración. Más apegados a la realidad, estos boletines que imprimía para organizaciones de base tenían por lo menos la valentía de admitir los fracasos y de reconocer, por ejemplo, que "la jornada del 18 de junio [de 1959] pasará a la historia de las luchas reivindicativas del pueblo español, no como una jornada de huelga, sino como un experimento que permitió calibrar las posibilidades existentes de cara a acciones futuras". Ojalá los dirigentes del exterior hubiesen sido tan sensatos.

Este contacto con los problemas de la calle permite explicar por qué los papeles que redactábamos quienes formábamos lo que orgánicamente se llamaba el "grupo de intelectuales del PSUC", del que era miembro destacado Manuel Sacristán, no estaban dedicados tan sólo a la clase de disquisiciones teóricas que solía cultivar la izquierda universitaria, sino que se esforzaban en reflejar los problemas reales de nuestro entorno. En nuestras revistas ciclostiladas hablábamos de las huelgas de los mineros de Asturias en la primavera de 1962, de las que se produjeron en Cataluña entre mayo y septiembre de este año (desde la de la Maquinista a la de la Siemens en Cornellà), de las inundaciones de 1962, de la crisis de la industria textil o del decreto que establecía el salario mínimo.

Esta fue posiblemente la razón de que en ocasiones nos obstinásemos en llevar adelante actuaciones que pensábamos que tenían sentido y utilidad social, sin hacer demasiado caso de una dirección que pensaba que las únicas funciones que convenían a los intelectuales eran la agitación y la propaganda. En la última entrevista que se hizo a Manuel Sacristán, en 1985, éste recordaba una de las ocasiones en que decidimos seguir trabajando por nuestra cuenta en un proyecto cuya continuidad

había desestimado la dirección, una vez habíamos conseguido que una serie de firmas de personajes famosos avalasen un documento reivindicativo. No estábamos de acuerdo en que se nos limitase a dedicarnos a este tipo de tareas, siguiendo las pautas fijadas arbitrariamente desde arriba, sin que se nos permitiera ni siquiera discurrir por nuestra cuenta.

Supongo que fue de estas experiencias de donde surgió nuestra progresiva desconfianza hacia los discursos de los dirigentes de la oposición antifranquista, tan despegados de la realidad como para llegar al final del régimen sin haber aprendido nada, organizando fastasmagorías como la de aquella "junta" carrillista que iba a hacer la revolución asociándose a Calvo Serer, a García Trevijano y a Carlos Hugo, o como la "plataforma" rival, inspirada por el PSOE, que denunciaba a la "junta" como interclasista y burguesa, y se disponía, a su vez, a instalar el socialismo con la colaboración de Ruiz Jiménez y del Partido Nacionalista Vasco.

Una desconfianza que, en mi caso personal, culminó el día en que escuché a Carrillo sostener, en una reunión celebrada en Barcelona, que los Pactos de la Moncloa iban a traer aparejadas incontables ventajas para la clase obrera. Si hubiese dicho que los pactos tenían un coste para los trabajadores, pero que había sido necesario aceptarlos por un sentido de responsabilidad ante la situación de la economía española, tal vez hubiera discrepado, pero le habría conservado algún respeto. Pero oírle decir que aquello era poco menos que un paso adelante hacia la sociedad socialista era más de lo que podía soportar. Que el propio Nicolás Sartorius, que pondera la importancia que tuvieron los pactos en la recuperación de la economía española y en la consolidación de la democracia, reconozca hoy que no se cumplieron muchos de los acuerdos adoptados, entre los que se encontraban contrapartidas que podían haber significado un beneficio para los trabajadores, "porque se dejó en las exclusivas manos del gobierno su ejecución, sin crearse ningún órgano de control o seguimiento que vigilase el cumplimiento de

los establecido" 2, demuestra que mi desconfianza de entonces estaba harto justificada.

Pero fue también de esta experiencia de seguimiento de la actividad obrera entre 1959 y 1964, en los años en que se creó desde abajo lo que iba a convertirse en Comisiones obreras, y del contacto directo con algunos militantes de base, de donde nació mi profundo respeto por los actores reales de la lucha, hombres y mujeres que actuaban movidos por unos ideales colectivos, sin ninguna aspiración de logros personales, con la ilusión de contribuir a obtener mejoras sociales para todos. Hombres y mujeres que sufrieron persecuciones y cárcel, pero que cuando se les interroga hoy acerca de sus experiencias del pasado, responden que no piensan que lo que hicieron fuese en vano, ni se lamentan por el precio que pagaron por ello, sino que están convencidos de que lo que estaba en juego merecía aquellos esfuerzos y aquellos sufrimientos.

Por suerte se ha hecho un excelente trabajo de recogida y archivo de los testimonios de quienes participaron en estas luchas, lo cual permite utilizarlas como materiales de base para reconstruir su historia y entender, contra los mitos que pretenden que el nuevo sindicalismo nació de las necesidades creadas por el desarrollo económico, al margen de cualquier objetivo político, que la verdad es que surgió del esfuerzo de hombres y mujeres que procedían de un medio social marcado por los recuerdos de la guerra civil y de la represión franquista, como consecuencia de su experiencia de las condiciones de trabajo a que se encontraban sometidos. Como dice uno de los testimonios que se han recogido para esta biografía de Juanín, "si eres un trabajador que estás sufriendo día a día las consecuencias, pues entonces por narices tiene que despertar en ti esa inquietud y tienes que rebelarte en contra de todo eso".

En su investigación sobre el movimiento obrero en la Cataluña de los años sesenta, Xavier Doménech llega a la conclusión de que "la emergencia del nuevo movimiento obrero no fue un reflejo inmediato de la modernización de las relaciones laborales", sino más bien una respuesta a ellas: a unas

---

2 Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, El final de la dictadura, Madrid, Temas de hoy, 2007, p. 140.

supuestas mejoras que, desde 1962, pretendían recortar las conquistas que el movimiento obrero había conseguido con las oleadas de huelgas, utilizando los convenios colectivos para introducir una lógica basada en la productividad y para aislar los focos de conflicto <sup>3</sup>.

Este nuevo movimiento representado por Comisiones Obreras tuvo el doble efecto de alentar en su entorno el desarrollo de otras organizaciones de protesta social, a la vez que contribuía a dar a sus propios militantes una conciencia que desbordaba los límites de unos objetivos estrictamente laborales. Una conciencia que les permitió hacer frente a la dureza de la represión con que el régimen trató de aplastar toda resistencia, matando y encarcelando hasta su fin, e incluso más allá de la muerte del dictador, como lo experimentarían los trabajadores asturianos en los primeros tiempos de la monarquía restaurada. De esta experiencia surgió no sólo la politización de un movimiento obrero que tuvo un papel fundamental en la liquidación de la dictadura, sino una concienciación que iba más allá de la pugna por las libertades democráticas. Como decía un obrero catalán en octubre de 1976, cuando se le enfrentaba a la realidad de los cambios políticos y económicos que se iban produciendo: "lo que el obrero no debe perder de vista es que nuestra sociedad está dividida en clases sociales, con intereses históricamente contrarios, y que estas clases sociales generan enfrentamientos que yo y mis compañeros caracterizamos como lucha de clases".

Son estos testimonios y estas voces de los de abajo, de los participantes activos, en vivo contraste con algunas memorias de dirigentes que se apuntan méritos que no les pertenecen y callan los errores que cometieron, los que dan un calor especial a este libro que estudia la vida de un dirigente obrero, formado y educado en las luchas cotidianas del taller, en unos años difíciles en que todos esperábamos que al fin de la negra noche del franquismo íbamos a conseguir algo más que lo que se acabó finalmente logrando en la transición.

---

<sup>3</sup> Xavier Doménech, Pequeños grandes cambios. Movimiento obrero y cambio político durante la década de los sesenta, tesis doctoral inédita, leída en la Universidad Autónoma de Barcelona en 2007.

Hay, además, un motivo por el que este homenaje resulta esperanzador. Y es que sirve para demostrar que somos todavía muchos los que pensamos que no se deben abandonar los valores de aquel combate, que no fue solo por la democracia formal, sino también por una sociedad más igualitaria y más justa. Que tenemos la obligación de conservarlos para reconstruir un bagaje de esperanzas colectivas capaz de movilizar en el presente a hombres y mujeres como los que estuvieron a nuestro lado en los años en que nos esforzábamos conjuntamente por cambiar y mejorar las condiciones de vida de todos.

Porque "en una época de resignación política y de cansancio, el espíritu utópico es más necesario que nunca", este homenaje a Juanín debería servir para recordarnos que los objetivos por los que luchó no se han alcanzado todavía por entero.

Josep Fontana

Abril de 2007.